

Vietnam, 1965

Cuando salió del avión, Dimka recibió el impacto de la atmósfera cálida y húmeda, distinta a todo cuanto había experimentado hasta entonces. Hanoi era la antigua capital de un país antiguo y oprimido durante largo tiempo por extranjeros: primero por los chinos, luego por los franceses y finalmente por los estadounidenses. Vietnam estaba más poblado y era más colorido que ningún otro lugar que Dimka hubiera visto.

También estaba dividido en dos.

El líder vietnamita Ho Chi Minh había derrotado a Francia en una guerra anticolonialista durante la década de los cincuenta. Pero Ho era un comunista antidemocrático, y los estadounidenses se negaban a someterse a su autoridad. El presidente Eisenhower había financiado el gobierno títere del sur, con sede en la capital provincial de Saigón.

El régimen nombrado a dedo de Saigón era tiránico e impopular, y sufría los ataques constantes de una organización guerrillera, el Vietcong. El ejército de Vietnam del Sur era tan endeble que en esos momentos de 1965 debía recurrir al apoyo de veintitrés mil soldados estadounidenses.

Los norteamericanos trataban Vietnam del Sur como un país por derecho propio, al igual que la Unión Soviética trataba la Alemania Oriental como una nación. Vietnam era el reflejo de Alemania, aunque Dimka no habría osado expresarlo en voz alta.

Mientras los ministros acudían a un banquete con los líderes norvietnamitas, los ayudantes soviéticos disfrutaban de una cena menos formal con sus homólogos del país, todos los cuales hablaban ruso, y algunos incluso habían visitado Moscú. La comida consistía esencialmente en verduras y arroz con pequeñas cantidades de carne y pescado, pero era sabrosa. No había presencia de funcionarias, y los hombres parecieron sorprendidos al ver a Natalia y a otras dos mujeres soviéticas entre los comensales.

Dimka se sentó junto a un taciturno miembro de la élite del partido vietnamita de mediana edad que se llamaba Pham An. Natalia, sentada justo enfrente, le preguntó qué esperaba extraer de las conversaciones.

Pham respondió con la lista de la compra.

—Necesitamos aviones, artillería, radares, sistemas de defensa aérea, armas de pequeño calibre, munición y equipo sanitario —dijo.

Era exactamente lo que los soviéticos esperaban evitar.

—Pero no necesitarán todo eso si la guerra toca a su fin —comentó Natalia.

—Cuando hayamos derrotado a los imperialistas americanos nuestras necesidades cambiarán.

—A todos nos gustaría presenciar la victoria aplastante del Vietcong —dijo Natalia— pero podría haber otros resultados posibles. —Intentaba introducir la idea de la convivencia pacífica.

—La victoria es la única posibilidad —respondió Pham An con desdén.

Dimka estaba abatido. Pham rechazaba con tozudez participar en la conversación para la que los soviéticos se encontraban allí. Quizá pensara que discutir con una mujer rebajaba su dignidad. Dimka esperaba que esa fuera la única razón de su cabezonería. Si los vietnamitas no contemplaban alternativas a la guerra, la misión soviética habría fracasado.

Natalia no se dejó disuadir tan pronto de su objetivo.

—La victoria militar, sin duda, no es el único resultado posible —estaba afirmando en ese instante.

Dimka descubrió que se sentía orgulloso de su valiente insistencia.

—¿Se refiere a la derrota? —preguntó Pham, enfurecido, o al menos fingiendo estarlo.

—No —respondió ella con tranquilidad—, pero la guerra no es el único camino hacia la victoria. Las negociaciones son una alternativa.

—Hemos negociado con los franceses en muchas ocasiones —repuso Pham con enfado—. Todos los acuerdos fueron ideados solo para ganar tiempo mientras se

preparaban para un ataque futuro. Esa fue la lección que aprendió nuestro pueblo, una lección sobre cómo negociar con los imperialistas, una lección que jamás olvidaremos.

Dimka había leído la historia de Vietnam y sabía que la rabia de Pham estaba justificada. Los franceses habían sido tan deshonestos y pérpidos como los demás colonialistas. Pero ahí no acababa todo.

Natalia insistió en su argumento, y con bastante razón, puesto que se trataba del mensaje que Kosiguin quería transmitir a Ho Chi Minh a toda costa.

—Los imperialistas son traidores, todos lo sabemos. Pero los revolucionarios también podemos sacar partido de las negociaciones. Lenin negoció en Brest-Litovsk. Hizo algunas concesiones, siguió en el poder e invalidó esas concesiones en cuanto tuvo una posición más fuerte.

Pham reprodujo al pie de la letra una frase de Ho Chi Minh:

—No nos plantearemos la participación en las negociaciones hasta que exista un gobierno neutral de coalición en Saigón que incluya a representantes del Vietcong.

—Sea razonable —sugirió Natalia con cautela—. Exigir tanto como condición previa no es más que una forma de evitar las negociaciones. Deben plantearse una solución intermedia.

—Cuando los alemanes invadieron Rusia y marcharon hasta las puertas de Moscú, ¿buscaron ustedes soluciones intermedias? —preguntó Pham, airado, y dio un puñetazo sobre la mesa, un gesto que sorprendió a Dimka viniendo de un oriental supuestamente sutil—. ¡No! ¡Nada de negociaciones, ni soluciones intermedias! ¡Y nada de americanos!

Poco después finalizó el banquete

(...)

Se quedaron profundamente dormidos hasta que los despertó el teléfono. Natalia levantó el auricular y, tras decir su nombre, se quedó escuchando un rato.

—Mierda —dijo. Transcurrido un minuto, colgó—. Noticias de Vietnam del Sur —anunció—. El Vietcong atacó una base americana anoche.

—¿Anoche? ¿Solo unas horas después de que Kosiguin llegara a Hanoi? No ha sido una coincidencia. ¿Dónde?

—En un lugar llamado Pleiku. Ocho americanos muertos y casi un centenar de heridos.

Y han destruido diez de sus aviones que estaban en tierra.

—¿Cuántas bajas del Vietcong?

—En la base solo dejaron un cadáver.

Dimka negó con la cabeza, estupefacto.

—Hay que reconocerles el mérito a los vietnamitas, son unos combatientes asombrosos.

—Lo son los del Vietcong. El ejército sudvietnamita es un desastre. Por eso necesitan el apoyo de los soldados americanos.

Dimka frunció el ceño.

—¿No hay un pez gordo americano justo ahora en Vietnam del Sur?

—McGeorge Bundy, asesor de Seguridad Nacional, uno de los capitalistas imperialistas que más han instigado esta guerra.

—Estará hablando por teléfono con el presidente Johnson ahora mismo.

—Sí —dijo Natalia—. Me gustaría saber qué le dice.

Obtuvo la respuesta a última hora de ese mismo día.

Los aviones estadounidenses del portaaviones *USS Ranger* bombardearon un campamento militar llamado Dong Hoi en el litoral de Vietnam del Norte. Era la primera vez que los estadounidenses bombardeaban ese país, y se inició una nueva etapa de conflicto. A lo largo del día Dimka contempló con desesperación cómo se desmoronaba la posición ocupada por Kosiguin.

Tras el bombardeo, la agresión estadounidense fue condenada por los países comunistas y los neutrales de todo el mundo.

Los líderes del Tercer Mundo esperaban que Moscú acudiera en ayuda de Vietnam, un país comunista directamente atacado por el imperialismo estadounidense. Kosiguin no quería participar en la guerra de Vietnam, y el Kremlin no podía permitirse prestar apoyo militar a gran escala a Ho Chi Minh, aunque fue justo lo que hicieron.

No tenían otra opción. Si se retiraban, los chinos entrarían en el conflicto, ansiosos por suplantar a la URSS como poderoso amigo de los pequeños países comunistas. La posición de la Unión Soviética como defensora del comunismo mundial estaba en peligro, y todos lo sabían.

Las conversaciones sobre convivencia pacífica habían caído en el olvido.

Dimka y Natalia se sentían descorazonados, como el resto de los miembros de la delegación soviética. Su postura en las negociaciones con los vietnamitas había quedado herida de muerte. Kosiguin no tenía cartas con las que jugar; debía garantizar todo cuanto Ho Chi Minh pidiera.